

de la cabaña, del lujo y de la miseria, de la explotación victoriosa y de la servidumbre obtusa son divertidas y no chocan al que las considera con la idea semiconsciente que le está permitido esperar llegar á ser un día explotador. Las luchas de partidos, las intrigas políticas, las complicaciones diplomáticas hacen la historia palpitante como una novela; los superhombres pueden elevarse por encima del rebaño y servir de modelos que entusiasman á todos los vanidosos y á todos los arrivistas. Pero todas las satisfacciones que estos estados de cosas procuran á la imaginación son pagados á costa de sumas enormes de sufrimientos humanos cuya supresión ó alivio ha sido el objeto de los esfuerzos incesantes de la humanidad. El porvenir será incomparablemente más feliz que el pasado lo fué jamás; la ciencia facilitará la satisfacción de todas las necesidades orgánicas; el saber extendido y profundizado hará disminuir, casi hasta hacerlo desaparecer, el daño que los hombres se infligen unos á otros y que constituye la parte más cruel de su sufrimiento. Las nobles alegrías que procuran las ciencias y las artes serán más generales y más intensas porque serán saboreadas por un espíritu y un sistema nervioso más refinados. En cuanto á la felicidad aguda, será asegurada por las apetencias orgánicas y las cenesias de la juventud, del amor, de la salud, del sentimiento de vigor que serán seguramente más ricos y más robustos en una humanidad libertada de cuidados y viviendo en la abundancia que en una humanidad siempre inquieta y con frecuencia careciendo de lo necesario. El porvenir tendrá otra belleza distinta que el presente, una belleza más natural, más elevada, más armoniosa y no sentirá seguramente como una privación la falta de la amalgama sádica suministrada por la miseria y el sufrimiento, por la falta y el horror.

## X

## EL SENTIDO DE LA HISTORIA

He llegado al término de mi examen y no me queda más que resumir sinópticamente los resultados.

Toda la historiografía cuyos trabajos atestan las bibliotecas con cientos de miles de volúmenes entretiene á veces al lector, cuando cuenta vidas interesantes y aventuras pintorescas, pero no encierra la menor suma de conocimiento científico. Su jerarquización tradicional de los sucesos resulta de una ilusión óptica subjetiva de los historiadores que toman por esencial lo que salta más á la vista y no advierten que los procesos poco aparentes, pero uniformes, duraderos y generales son los únicos que tienen importancia (1).

(1) E. Vacherot. *La Ciencia y la Conciencia*. París, 1870, pág. 92: «Se puede estudiar una época, una raza, un pueblo, una clase... no preocupándose más que de los hechos y gestos de los grandes actores históricos. Esto es... un hermoso y dramático espectáculo de un efecto estético... admirable. Si se viene á comprender que todo se enlaza, se relaciona... entonces detrás de la exhibición meramente superficial y dramática de la escena exterior, se vislumbra en el fondo del teatro una acción menos animada, menos brillante, menos interesante para un simple público de espectadores, pero mucho más propia á fijar las miradas del observador curioso por saber el misterio de las cosas».

Cuando Claudio-Enrique de Saint-Simón (1) dice: «La historia no ha sido, hasta mediados del siglo xviii más que una biografía del poder», y el conde José de Maistre estima que «desde hace tres siglos la historia ha sido una conspiración permanente contra la verdad» hacen uno y otro restricciones que no se justifican. No es que solo hasta mediados del siglo xviii la historia no ha sido más que una biografía del poder: ha continuado siéndolo después y hasta nuestros días, aunque historiadores más modernos tengan la coquetería de introducir en sus obras capítulos relativos á la historia de las costumbres y á la sociología. Y no es que solo desde hace tres siglos es una conspiración permanente contra la verdad; lo ha sido siempre desde que el primer cronista se ha dedicado á consignar los sucesos que han llegado á sus noticias, glorificando los que le parecían bien, amaba, veneraba ó temía, vilipendiando los que odiaba. La historiografía hace su aparición tardíamente, cuando la humanidad ha realizado ya la parte más importante y más rica en consecuencias de su evolución total, y aun de los sucesos de los cinco ó seis mil últimos años no llega á encerrar en su narración más que una pequeña parte; no ilumina sino muy parcialmente las tinieblas del pasado, pero no vacila en dar de éste una exposición seguida, como si poseyera de él un conocimiento sin lagunas (2). Aún en los casos raros en que relata con precisión pasable los hechos exteriores que caen bajo los sentidos, el mecanismo íntimo de los sucesos se sus-

(1) Claudio-Enrique de Saint-Simón. *Mémoire sur la science de l'homme*. Paris, 1859.

(2) El profesor Dr. Hugo Winckler, en una conferencia dada en la Sociedad del Asia anterior, de Berlín, en Noviembre de 1906, habla de las excavaciones de Boghazkõi que han dado á luz la villa de Cheta, capital de un gran Imperio del mismo nombre completamente caído en el olvido. Todo lo que se sabía de este Imperio, es que un tratado de alianza pactado entre su Gran Rey y Rhamsés II se ha conservado en una inscripción tebana. Este Imperio de Cheta ha ejercido según toda apariencia una influencia

trae á ella. Y es que este mecanismo opera en parte en la conciencia de los actores que es inaccesible á la mirada del historiador, y en otra parte, mayor todavía, en su subconciencia que ellos mismos ignoran. Cuando la historiografía emprende la tarea de sacar también á la luz las raíces psíquicas del devenir, pierde por completo el terreno sólido de lo real y se cierne en el reino aéreo de la imaginación; entonces ya ni relata ni explica, inventa y hace pasar intuiciones, adivinaciones, elucubraciones, interpretaciones subjetivas, como si fueran investigaciones de lo verdadero. En fin, lo que se sustrae por completo á toda historiografía, son el origen, la naturaleza y las acciones recíprocas de los elementos de experiencia y de tradición de que se compone la conciencia y la subconciencia del personal histórico y sin el conocimiento íntimo de los cuales una comprensión segura y clara de sus actos es imposible. Pero aún consintiendo en abandonar todas estas objeciones y en conceder que la historiografía es siempre auténtica, indubitable, verdadera y completa, que presenta exactamente todos los sucesos y los hombres de que se ocupa, que determina y juzga con precisión y equidad la parte de cada cual en los actos históricos, que proyecta plena luz sobre los móviles y las instrucciones de los actores, aún en ese caso, su trabajo queda sin alcance y es vano en cuanto se le considera desde el punto de vista del conocimiento. El cuadro que la historiografía fija muestra las formas exteriores de la humanidad, no sus órganos ínternos; se entretiene en las magnitudes variables que pueden todas ser cambiadas, reemplazadas, aumentadas, disminuídas, suprimidas, sin que la ecuación total de la historia sea por ello influenciada. Su obra semeja á la de un hombre de ciencia á quien preguntásemos informes sobre la composi-

poderosa sobre los reinos de Judá y de Israel, entre 1500 y 1100 antes de Jesucristo, influencia que la historiografía no había jamás sospechado hasta ahora. Por esto ha presentado siempre necesariamente la historia judía de una manera incompleta ó bajo un aspecto enteramente falso.

ción química y las propiedades del agua de mar y que después de los esfuerzos más laboriosos no podría indicarnos más que el número, la forma, los colores y la duración de las burbujas de jabón que sirviéndose de esta agua hubiera hinchado un niño en sus juegos. Como somos hombres y todo lo que es humano nos interesa y nos emociona, seguimos con un interés apasionado todo relato vivo y convincente de un destino humano y semejante relato hallará siempre lectores agradecidos. Pero la historia, en tanto que «biografía del poder» no nos enseña nada más que cualquiera otra buena y verídica biografía de un individuo cualquiera; nos hace familiar una personalidad, pero nos deja en una ignorancia profunda acerca de la suerte de la humanidad y de sus leyes eternas. Una historiografía que trata y retiene como esencial el suceso concreto en sí, en lugar de concebirle como un puro síntoma y de penetrar más allá, hasta el decurso de la vida de la especie que se realiza detrás de él, no produce en el caso mejor más que literatura amena. Solo cuando la historiografía renuncia á narrar, para dedicarse á estadísticas, es decir cuando deja de fijarse en los aparentes portadores y actores individuales de la historia y en la burbuja de jabón del pintoresco suceso particular, para dedicarse á estudiar las formas, las condiciones y las transformaciones de la existencia poco aparente, cotidiana, de la humanidad media, solo entonces deja de ser un arte, un género de poesía, para elevarse al rango de una ciencia. Solo que entonces ya no es historiografía en el sentido tradicional de la palabra, sino que se convierte en antropología, etnografía, sociología con sus ciencias auxiliares, la bio-psicología y la estadística.

La filosofía de la historia, á la verdad, se eleva á un punto de vista superior; abarca de una mirada el conjunto de la evolución de la humanidad, inquiere su punto de partida, sus caminos, sus objetivos y no atribuye valor á las personalidades y á los sucesos concretos sino en la medida en que parecen poder dar á estas preguntas generales una respuesta ins-

tructiva. Tal es por lo menos su programa teórico, pero hemos visto cuán mal lo ha cumplido hasta ahora; ha abordado la vida de la humanidad, no interrogándola con modestia, con el humilde deseo de aprender lo que ella es susceptible de enseñar, sino con una petulancia autoritaria, con opiniones hechas de las cuales quería arrancar la confirmación á la historia planteándola preguntas tendenciosas y suprimiendo las respuestas que no la convenían. Ernesto Mach habla incidentalmente de «ciencias de impostura que se han formado con la mira de la conservación de los residuos de concepciones que datan del estado primitivo de la humanidad». El prototipo de esas «ciencias de impostura» es la filosofía de la historia tradicional, deductiva, apriorica que introduce en el curso de la historia todos los ensueños, todas las pamplinas, todas las supersticiones del estado de alma teológico y metafísico. Supone á los actos de las personalidades históricas intenciones que nunca tuvieron éstas, inventa para los sucesos un plan que ha elucubrado ella misma y asigna á toda la evolución de la humanidad un objetivo que no existe más que en la imaginación de soñadores antropomórficos. Si esta filosofía de la historia apriorica quisiera reflexionar sobre sí misma, si se hiciera consciente de la tarea que se ha impuesto en realidad, retrocedería asustada ante la enormidad de su empresa y ante la insuficiencia pueril de sus métodos. El móvil al cual debe su origen es el deseo de comprender el enigma del Universo; el hombre quiere saber lo que significa el Universo y él mismo en el Universo, por qué ha nacido, por qué sufre, por qué muere, por qué ha recibido el soberbio y temible privilegio de la razón, qué será de esta chispa celeste en su cuerpo mortal terrestre, cuál es el objeto hacia el cual, en el corto espacio de su vida sobre la tierra, tiende y en virtud del cual pasa fatigas, medita, investiga, ama, anhela y sufre. Y puesto que está encerrado, en tanto que hombre, en los límites de su naturaleza humana, se exagera en su ilusión antropocéntrica la importancia de su especie en el Universo; está convencido sin desconfianza gnosológica con respecto á su

ilusión de grandeza, de que el sentido del Universo tiene que revelarse con evidencia, sino en el hombre individual, por lo menos en la humanidad; de que la especie en su conjunto posee una conciencia de su destino que la conciencia del hombre individual es incapaz de penetrar á causa de su limitación; y de que es preciso tener una vista sinóptica bastante vasta, bastante profunda de la vida de la especie para comprender lo que ésta crea y adónde tiende, y para reconocer cuál es la obra á la que el hombre individual coopera sin sospecharlo. Pero la historia de la humanidad no sumistra mejor respuesta á todas estas preguntas de eternidad que se la dirigen que la historia de no importa cual otra especie de seres vivos, y una mirada dirigida hacia el cielo estrellado ó hacia las profundidades de una mina de carbón deja entrever acerca de la solución del enigma del Universo tanto, sino más, como la exploración más apasionada de los archivos y de las bibliotecas. El que busca la finalidad de todos los sucesos que se han realizado en el seno de la humanidad y de toda la evolución de los pueblos y de los Estados, supone tácitamente que la historia tiene una finalidad. Ahora bien, esto no es posible más que si alguien situado fuera de la humanidad le ha asignado de antemano un objetivo independientemente de ella, de su conciencia y de su voluntad y la impulsa incesantemente en esta dirección; este alguien no puede ser más que un sér dotado de razón y de voluntad, omnipotente, eterno. Pero el sér dotado de estos atributos no es otro más que el Dios de los teólogos. Toda filosofía de la historia que implica una teleología trascendental no es más que una forma de la religión y hace un rodeo superfluo por la historia para llegar al punto de vista del catecismo. El que cree en Dios y en su gobierno del mundo, no necesita de la historia para conservar su convicción de la existencia y de los atributos de Dios y de la realidad de un orden universal que tenga á Dios por punto de partida y á Dios por punto final. Y el que no cree en Dios no encontrará nada en la marcha de la historia que sea de naturaleza á convertirle á esa fe. La historiosofía de-

ductiva está desprovista de sentido si no es teología, y es superflua si es teología.

Pero cuando el deseo de conocer aborda la historia sin opinión preconcebida y contempla su marcha, no con las premisas del teólogo, sino con la imparcialidad del observador científico, llega á hacer constar hechos que en ningún punto coinciden con las enseñanzas de la historiosofía tradicional. Ni un solo suceso histórico del pasado expuesto verídicamente y sin haber introducido intenciones en él, autoriza la hipótesis de una finalidad en vista de la cual los actores de la historia trabajarían sin saberlo y sin quererlo y de la cual nada sospecharían en su simpleza miope ó ciega y que no se revelaría más que á los ojos asombrados de la posteridad; ni un solo rasgo justifica la afirmación de que no sé qué razón superior perseguiría planes para cuya realización utilizaría y emplearía como un instrumento pasivo á la humanidad que no lo sospecha ni por asomo. Nunca ni en ninguna parte se revela una finalidad trascendental, por lo contrario es posible referir todo acto realizado por los hombres á causas que les son generalmente conocidas, y que hasta cuando operan en la subconciencia no son difíciles de descubrir. No es pues la teología lo que es la ley de la historia, sino la causalidad, una causalidad por lo demás muy complicada, puesto que todo el presente y todo el pasado de la especie obran en cada instante de su vida y sobre cada hombre vivo estimulándole é impulsándole: el presente, por las necesidades de la lucha por la existencia, por las relaciones con los semejantes más fuertes ó más débiles que tienen las mismas tendencias que él ó tendencias contrarias; el pasado, por las instituciones que ha creado y por las maneras de pensar, las nociones de valor y las formas de sentimiento que ha legado al presente. Si descomponemos aun más las causas de todos los actos humanos á fin de llegar hasta sus elementos más simples, se acaba por hacer constar que la voluntad de los individuos está determinada únicamente por sus necesidades que llegan á su conciencia bajo forma de sentimientos de desagrado. Mien-

tras vive, el hombre trata de sustraerse á esos sentimientos y todos sus esfuerzos no tienen más que este objeto único. Aun en el caso en que el hombre parece hacer alguna cosa que lejos de suprimir ó de atenuar un sentimiento de desagrado, lo crea por lo contrario, esta fórmula psicológica general conserva su valor absoluto. Es que si el hombre se expone en estos casos á un sentimiento de desagrado, lo hace con la intención de sustraerse á otro que le parece más penoso, cualquiera que sea por lo demás la apreciación de un extraño que no experimenta él mismo ese sentimiento. El esclavo trabaja penosamente para un amo, hasta el desfallecimiento, sin esperanza de recompensa ó de liberación, porque siente como menos penoso el esfuerzo del trabajo que la representación de los latigazos, de la mutilación, quizá de la muerte que le esperan en caso de desobediencia; es pues para sustraerse á esta representación por lo que se impone el esfuerzo del trabajo.

El hombre pacífico, apegado á la vida, va á la guerra y se expone á los peligros más extremos, porque la rebelión contra las órdenes del poder político, la falta á los deberes del patriotismo y del honor le parecen males más terribles que la muerte. La educación ha hecho en el hombre civilizado de la sumisión á las concepciones tradicionales del deber y de la virtud, una costumbre que domina hasta tal punto su mecanismo espiritual, toda su mentalidad y todos sus sentimientos, que una derogación á esta costumbre le causarí el sentimiento de desagrado más intolerable, en comparación con el cual hasta las heridas y la muerte parecerían ser males menores. La simple apetencia de sentimientos de placer no es una causa de acción; no llega á serlo más que cuando se presenta con una intensidad tal que es sentida como una inquietud atormentadora, como una tensión, como una languidez, en suma como un sentimiento de desagrado agudo. Ni siquiera puede decirse que su constitución orgánica impulsa al hombre á la acción por el terrón de azúcar y el látigo; éste sólo es su estimulante y en cuanto

al terrón de azúcar no es un estimulante más que cuando enciende una concupiscencia que tiene el carácter de látigo. Solamente comprendido así, el hedonismo ó el eudemonismo puede ser una explicación exacta de las acciones humanas. El hombre no se entrega á la busca permanente de la flor azul, pero está eternamente huyendo del dolor; no marcha hacia una Jerusalén de felicidad y de alegría soñada y ardientemente esperada, pero se aleja de prisa de las moradas donde halla desagrado.

Todo proceso histórico, sin excepción ninguna, puede ser referido á necesidades, es decir en último resorte á sentimientos de desagrado; estos sentimientos tienen por objeto la conservación de la vida y no se comprenden sin la hipótesis de un instinto vital, de un deseo inherente á todo lo que vive de afirmarse contra la destrucción y la desaparición. Sólo la hipótesis de este instinto vital es lo que explica el hecho que el ser vivo en su sentimiento, á toda apercepción de un estado que le perjudica ó le pone en peligro, asocia un desagrado que le espolea á hacer esfuerzos para sustraerse á ese estado. No es siquiera del todo exacto decir que las nocividades están asociadas á un sentimiento de desagrado, puesto que esto crearía una apariencia de dualismo, de separación entre la apercepción y el desagrado, de relación de causa á efecto, de acto y de estado acompañándole. En realidad, la apercepción de nocividad y el sentimiento de desagrado son idénticos; son un solo y mismo estado del organismo; el sentimiento de desagrado es el aspecto subjetivo de la nocividad; ésta no es la causa del desagrado, es el desagrado mismo; está representada en la conciencia bajo forma de desagrado y obra en ella como causa de actos volicionales que tienen por objeto la defensa, lo mismo que fuera de la conciencia obra como excitadora de movimientos reflejos. Y como todo lo que perjudica á la vida es en sí un desagrado para la conciencia, la vida que evoluciona fuera de toda acción nociva es en sí misma un placer para la conciencia, y hasta es en realidad el solo placer accesible al hombre, el

único que conozca, un placer que puede variar de intensidad, pero no cambia de naturaleza. Llegamos así á esta comprensión que todas las acciones de los hombres, de los aislados lo mismo que de los que viven reunidos en grupos, clases y pueblos, tienen la significación de una salvaguardia del placer, es decir de la vida y de una defensa contra el desagrado, es decir contra los peligros y las nocividades que amenazan la vida, y que un solo hecho fundamental se desprende de todo el transcurso de la historia: el hecho que los hombres y la humanidad tienen la voluntad de vivir y de hacer todos sus esfuerzos para mantenerse en medio de la naturaleza hostil. Pero bajo este aspecto el hombre no difiere de todos los demás seres vivos, ya sean simples ó altamente diferenciados, vegetales ó animales. Todo organismo quiere durar y se defiende contra la destrucción con todas las fuerzas de que dispone. El instinto de la vida parece inseparable de la vida y cada sér vivo orienta toda su actividad hacia el objeto de satisfacer sus necesidades que en lo bajo de la escala son tropismos automáticos regidos por las leyes químicas y físicas y no llegan á ser necesidades sentidas y conscientes más que en un grado de desarrollo más elevado. La historia vista é interpretada con exactitud no desata en modo alguno á la especie humana de la cadena de todas las demás especies de seres vivos; la une por lo contrario á ella y atestigüa de nuevo, por sus medios de expresión, la unidad de la vida.

La especie humana ha tenido más dificultades para satisfacer sus necesidades que todas las demás especies que han vivido antes que ella y que viven al lado de ella sobre la tierra. Venida al mundo entre dos períodos glaciales, cuando nuestro planeta presentaba de un polo á otro las condiciones de existencia más favorables para un sér plantívoro poco ó nada veloso, que tuviese necesidad de calor y temiese la humedad, ha podido desarrollarse felizmente en su paraíso tropical y sub-tropical, hasta que tuvo que sufrir un período glacial que siguió. Y no solo ella, sino todo lo que entonces

vivía; muchas especies animales y vegetales han perecido, otras se han retirado en una estrecha zona tropical y permanecen allí encerradas como en una prisión y tienen que pagar con su vida toda tentativa de evadirse; otras aun emprendieron la lucha contra la naturaleza convertida en hostil y soportaron sus rigores adaptándose á ella. De estas es la especie humana; no sucumbió ante el soplo glacial del clima polar mortífero, no se refugió en un asilo tropical inaccesible al frío, se adaptó á condiciones cambiadas, no como los otros habitantes de la tierra con ayuda de modificaciones de su organismo, sino merced á la actividad de su espíritu que se ha mostrado capaz de inventar arreglos artificiales que le aseguran todas las condiciones de existencia que no encontraba ya en la naturaleza.

Este trabajo de adaptación artificial con ayuda de descubrimientos no ha cesado nunca; es más ardiente y eficaz cuanto mayor es su duración; forma el verdadero contenido de la historia humana, no el contenido visible en la superficie, sino el que llena sus profundidades. Siempre ha sido realizado según el método del menor esfuerzo y por consiguiente ha seguido la dirección de la menor resistencia. Este método ha tenido un singular efecto: los individuos más fuertes se han hecho asegurar por los más débiles las condiciones de existencia favorables que les eran indispensables. Para sus medios de acción, la resistencia de sus congéneres era menor que la de la naturaleza; les ha sido preciso un esfuerzo menor para despojar á los hombres de los frutos de su trabajo que para obtener de la naturaleza calor, sequedad, alimento, reposo agradable; aprendieron por experiencia que para ellos la forma más cómoda de la adaptación era el parasitismo; en esta dirección es á la que tienden los deseos de los individuos fuertes, tan lejos como nos es transmitida su historia. El parasitismo de los poderosos es el objetivo visible ú oculto, directo ó indirecto, de casi todas las instituciones que se han formado en el transcurso de los siglos y que constituyen el marco y en parte hasta el contenido de la ci-

vilización. El colmo del arte de las individualidades superiores ha consistido siempre no solo en explotar directamente á los menos dotados, á los hombres ordinarios, es decir á despojarlos lo más posible de los frutos de sus trabajos, sino también á educarles en hábitos de pensamiento y de sentimientos tales que consideraban el parasitismo de que eran víctimas no como una violencia y una injusticia, sino positivamente como un honor, y que trabajaban para sus explotadores con emociones intensas y estaban orgullosos de sí mismos, se atribuían un valor moral más grande, cuando les era permitido hacer el sacrificio de sí mismos. Los explotados ponían con sentimientos de placer todas sus aptitudes al servicio de los explotadores y rivalizaban entre ellos para disponer todos sus descubrimientos é inventos de tal manera que respondiesen á las necesidades de aquéllos, y para hacer por sus esfuerzos intelectuales su propia explotación más fácil, menos peligrosa, más eficaz y más provechosa. El único servicio á cambio de esto que la masa deseaba y esperaba al principio, pedía y aún exigía después, por parte de sus individualidades superiores, era no perturbarla en sus costumbres, no pedirla juicios y decisiones personales, no imponerla nuevas adaptaciones que rebasaran de su capacidad orgánica, en una palabra mantener el orden en torno de ella y protegerla en el disfrute de los pocos mínimos derechos que el poder constituido la reconocía.

Vista desde fuera, la historia se presenta pues únicamente como el melodrama del parasitismo, con escenas tan pronto movidas como más tranquilas y súbitos efectos de teatro. Un poderoso que los débiles en su admiración servil califican de héroe, se arroga el poder sobre algunos ó sobre un gran número, quizá sobre un pueblo entero ó aun sobre pueblos. Él ó sus sucesores aumentan ese poder por irrupciones en territorios extranjeros y por conquistas y aseguran el mantenimiento de su prestigio por medio de una magnificencia de corte ó por guerras ocasionales, inspirando así el temor y la veneración. Los guerreros y los servidores del soberano se

organizan en una clase que trata á su vez de ejercer el privilegio de la explotación sobre el resto del pueblo. Cuando esta clase llega á ser demasiado exigente ó una parte de los explotados adquiere poder económico y se hace consciente de su fuerza, éstos tratan de romper el poder de los explotadores, de expulsarles de su situación privilegiada y de ponerse en su lugar, á menos que estos privilegiados sean bastante avisados para aceptar en sus filas á los asaltantes contra los cuales no pueden ya defenderse. De estas luchas incesantes de individuos por el poder supremo, de clases por el poder en el seno de un solo y mismo pueblo, de pueblos por la posesión de la tierra y de sus productos, surgen y se perfeccionan el Estado, el ejército, la administración, las comunicaciones, la economía política, el derecho. Todas estas instituciones se originan las unas de las otras, se determinan recíprocamente, sirven todas juntas de armas para esas luchas de individuos, de clases, de pueblos. Pero mientras las guerras y los tratados internacionales, las revoluciones y las reacciones, las discordias de partidos, las crisis y los pactos señalan por una parte los esfuerzos del egoísmo parasitario de individuos y de colectividades que llevan miras de una explotación lo más provechosa posible, y por otra parte la resistencia de las víctimas que se defienden, y modifican sin cesar la superficie de la humanidad, se realiza bajo esta superficie tumultuosamente agitada de la política exterior é interior de los Estados, silenciosa y uniformemente, el trabajo más difícil de la adaptación valiéndose de un conocimiento cada vez más penetrante de la naturaleza, del cual no se aprovechan solo los individuos superiores orgánicamente dotados, como en la adaptación por el parasitismo, más fácil por lo menos para los fuertes; sino que beneficia á la especie entera, hasta á la masa media, hasta á los individuos menos favorecidos por la naturaleza. Los descubrimientos de observadores capaces y de intérpretes sagaces permiten comprensiones cada vez más profundas, sino de la esencia, por lo menos de las manifestaciones de las fuerzas cósmicas; inventores ingeniosos y

penetrantes llevan cada nuevo conocimiento de la naturaleza á una forma manejable que le hace apto á la satisfacción de necesidades de las cuales la humanidad ó una parte de ellas se ha hecho consciente. La mejor comprensión de los fenómenos naturales hace la educación progresiva del espíritu humano, le enseña á distinguir el error de la verdad, á pensar lógicamente, á enlazar con prudencia en sus juicios el efecto á la causa; aguza su intención, desarrolla su sentido de la realidad y restringe en su conciencia la preponderancia de las palabras en provecho de la visión interior positiva y de la representación concreta. Esta educación del entendimiento por el conocimiento de la naturaleza tiene por efecto romper el poder de los símbolos y de las imágenes verbales. Los hombres pierden la superstición de las fórmulas y de los signos oscuros é importantes, exigen la prueba de la exactitud de las afirmaciones y de la fuerza de su realización de las amenazas. Esto hace la explotación cada vez más difícil, no puede ya para ejercerse recurrir á la violencia, puesto que la masa se agrupa para la defensa común y es perfectamente capaz de evaluar y de comparar las manifestaciones de la fuerza; no puede tampoco servirse de la astucia porque la masa ha llegado á ser bastante perspicaz para ponerla al descubierto con toda claridad. Y puesto que en presencia de una masa más ilustrada el parasitismo cada vez es menos provechoso y más penoso, cesa de ser la forma de adaptación más cómoda para los escogidos, y la ley del menor esfuerzo les determina á someterse á las mismas obligaciones del trabajo que los hombres ordinarios para obtener la satisfacción de sus necesidades, sea de la naturaleza, sea por cambios con los demás, cambios que siempre sabrán por lo demás hacer ventajosos gracias á su superioridad. Paralelamente á esta evolución de la civilización prosigue la suya la moral; la modificación de las relaciones entre los superiores y la masa, el desarrollo creciente del sentimiento de dignidad y de independencia aun en el hombre ordinario que no aspira á la dominación, el valor más grande asignado á la personalidad hasta cuan-

do no se distingue por ningún mérito excepcional, transforman igualmente los conceptos de moralidad. La ética del parasitismo que no aprecia los pensamientos y los actos sino en la medida en que son favorables ó perjudiciales á todas las manifestaciones del poder explotador, es decir de los hombres preponderantes, de la clase privilegiada del Estado, es poco á poco invadida y finalmente reemplazada por una ética de la personalidad soberana que considera como bueno lo que facilita la conquista de la naturaleza por el hombre y como malo lo que facilita la subyugación del hombre por el hombre.

En la lucha de la humanidad por su existencia en medio de una naturaleza hostil la ley del menor esfuerzo no ha conducido sólo al parasitismo; ha engendrado todavía otro fenómeno: el ilusionismo. Saber orientarse en la naturaleza, evitar lo perjudicial y encontrar lo útil, tal es para todo ser vivo la condición de su conservación; en vista de esta facultad desarrolla y diferencia todos sus órganos; cuanto más variadas y complicadas llegan á ser sus necesidades, más afinada y diversa tiene que ser la facultad de orientación. En el hombre, como en todos los animales superiores, el sistema nervioso con su aparato central, el cerebro, es donde reside esta facultad. La función más elevada de este órgano, el más importante de todos, que preside también al quimismo del cuerpo, al movimiento, en gran parte al desarrollo, á la circulación de la sangre, á la nutrición, es la función psíquica que se ha originado y se ha desarrollado enteramente bajo la forzosa constricción del instinto de conservación. La necesidad de la adaptación á la naturaleza vigorizó la memoria, propiedad fundamental de la materia viva, hizo á la atención sostenida y estable, creó y perfeccionó el mecanismo de las asociaciones de ideas y tuvo por efecto que le es imposible al cerebro pensar de otro modo que según el principio de causalidad. Es evidente que todas estas facultades: atención, asociación de ideas, pensamiento causal, responden á un solo objeto, al de elaborar las impresiones sensoriales apercebidas en repre-



sentaciones y juicios, de manera que la conciencia obtenga con la mayor rapidez y el menor esfuerzo posibles una imagen tan precisa como posible de su ambiente, que penetre con toda la exactitud posible el encadenamiento de los fenómenos, que prevea con toda la seguridad posible las modificaciones eventuales, próximas y remotas, que puedan tener alguna importancia para el organismo, que calcule el valor cualitativo y cuantitativo de ellas y ponga al organismo en la situación más favorable posible con respecto á ellas. El trabajo psíquico mediante el cual se obtiene una imagen del mundo que coincide con la realidad tan perfectamente como lo permiten la estructura y el funcionamiento de los órganos humanos de los sentidos y de aperccepción es penoso, y el saber es el fruto de duros esfuerzos. La atención sostenida que no se deja distraer, la formación de representaciones con las solas aperccepciones sin ningún aditamento subjetivo, la evocación para formar juicios del contenido entero de la memoria en representaciones que han sido construídas mediante aperccepciones sometidas á la crítica, el examen riguroso de todos los elementos de una conclusión desde el punto de vista de su interdependencia y de su acondicionamiento causal recíprocos, todo esto es incomparablemente menos fácil que la inestabilidad y la fuga de ideas, el ensueño, los vagabundeos caprichosos de la imaginación.

Las asociaciones de ideas frecuentes, habituales, se organizan y se evocan naturalmente de una manera matemática en la conciencia; ésta se llena con un torbellino de representaciones que no están compuestas con aperccepciones actuales verificadas, sino sacadas de la memoria por el juego automático de las asociaciones organizadas, y se agrupan y se enlazan como las figuras de un kaleidoscopio, se iluminan y se extinguen rápidamente en la conciencia á la manera de fuegos fatuos, y todo esto sin que la voluntad intervenga en un momento cualquiera de este vaivén para pararlo ó introducir en él algún orden, y sin que el yo pensante se haga consciente de un esfuerzo. Este contenido nebuloso de la con-

ciencia cuyos elementos en su elaboración no se han elevado nunca hasta el estado de pensamientos racionales, se transforma bajo la influencia del tono emocional predominante en el momento dado, en imágenes subjetivas análogas á las figuras de Chladni que se forman por las vibraciones impresas en la placa de vidrio, pero el modo mismo de su producción excluye que respondan á una realidad objetiva. A pesar de esto, al principio de la civilización, y con frecuencia hasta en nuestros días, los hombres se habían contentado con este género de actividad cerebral, porque exige un esfuerzo muchísimo menor que el que lleva al conocimiento. Obtenían por el juego automático de sus asociaciones una imagen del mundo cuyos trazos eran falsos ó poco menos, pero que respondía á sus sentimientos é inclinaciones y les procuraba por esta razón sentimientos de placer. «Existe, dice Goethe, al lado del mundo real, un mundo de la ilusión casi más poderoso que aquél, y en el cual vive la mayoría». Este mundo de la ilusión los hombres se lo han creado merced á su observación defectuosa, desprovista de atención, que se contentaba con las más fugaces impresiones sensoriales. Y aun estas impresiones las falseaban todavía con aditamentos arbitrarios é interpretaciones al revés, con sus intuiciones ó adivinaciones que no son más que una mezcla amorfa de recuerdos crepusculares cuyo origen sensorial se ha olvidado, con su pensamiento analógico que identifica cosas esencialmente diferentes á causa de una semejanza parcial y con su imaginación que tiene por método de trabajo el automatismo de las asociaciones y se emancipa casi por completo de la ley del encadenamiento causal de los conceptos.

En su mundo de ilusión, los hombres se encontraban á gusto como en su cabaña caliente donde no sentían el frío, la tempestad y la lluvia que se desencadenaban fuera. Aquí, todo tenía un sentido comprensible para ellos, encontraban una respuesta á toda pregunta angustiada ó curiosa, obtenían el apaciguamiento de toda inquietud y de todo temor, el consuelo de toda pena, una solución clara y satisfactoria

de todo enigma. ¿La enfermedad? La persecución por un enemigo invisible, y á veces también visible que no había más que apartar intimidándole ó halagándole, para curarse. ¿La muerte? Una simple apariencia, siendo así que la realidad es la sobrevivencia eterna en regiones ignoradas y, por lo menos para los buenos ó los favorecidos, soberbias. ¿El mundo? Una capa redonda de tierra situada sobre el mar y recubierta por una campana de cristal azulado. ¿Su origen? ¿Su fin? Unos grandes artistas, los dioses, lo han creado, lo gobiernan y lo destruirán otra vez algún día. ¿La felicidad? Un don que puede recibirse de los dioses cuando se ha mendigado sus favores mediante súplicas obsequiosas ó comprado mediante sacrificios. Bastan estos ejemplos. Para dar una descripción completa del mundo de la ilusión del cual los hombres se han rodeado, habría que ir pasando en revista todas las mitologías, todas las cosmogonías fabulosas, todas las teologías, pero también todos los sistemas metafísicos.

Pero á la larga, el ilusionismo se ha mostrado todavía menos idóneo que el parasitismo para conseguir el objetivo de la adaptación. La realidad brutal hacía á cada instante irrupción en el mundo de la ilusión y destruía su agradable ordenamiento. Las fórmulas mágicas, los exorcismos, la destrucción por el fuego de hechiceros y brujos no curaban las enfermedades; con demasiada frecuencia los rezos y los sacrificios no apartaban la desgracia de individuos y de colectividades; los amuletos no paraban el golpe mortal en las batallas; *Sator areto tenet opera rotas*, no apagaba el incendio; los conjuros eran impotentes contra la peste y el hambre; la ineficacia de todos los medios ilusorios ó más exactamente ilusionistas, obligaba pues inexorablemente á buscar otros. Innumerables fenómenos que no podían dejar de tenerse en cuenta obligaban á rechazar su explicación ilusionista. Unos hombres muy escasos al principio, aislados, luego cada vez más numerosos, dotados del sentido de la realidad, se salían, vacilantes, tímidos, del mundo de la ilusión que les era tan familiar y se aventuraban á tientas, con precaución, lentamente,

contando sus pasos, en el mundo real. Estaba éste desprovisto de caminos y era incomprensible; á cada paso se tropezaba con agudas encrucijadas, á cada instante los pies quedaban cogidos bajo bloques enormes ó en hoyos profundos. Pero poco á poco consiguieron orientarse y en la medida en que se iban abriendo camino, sentían bajo sus plantas un terreno suficientemente sólido y el mundo de la realidad suministraba á sus investigadores un beneficio positivo que el mundo de la ilusión no había nunca suministrado ni suministrará jamás.

La enorme mayoría de los hombres permanecen atolondrados en sus ilusiones que consideran como el mundo real. Al peligro de perder todo contacto con la realidad y de quedar entregados sin defensa á las injurias de la naturaleza como el que dormido y soñando es sorprendido de noche por el enemigo, no se sustraen más que merced á la vigilancia de las avanzadas que siempre en acecho han asumido la tarea de guardarles y defenderles. Estas avanzadas están constituídas por la pequeña minoría de observadores, de exploradores, de investigadores, de pensadores, de experimentadores á los cuales la humanidad debe sus descubrimientos, sus inventos, sus conocimientos. El trabajo fecundo de esta minoría permite á la gran mayoría continuar disfrutando impunemente de su agradable ilusión; pero la impide cada vez más eficazmente cometer actos bajo la impulsión de sus ilusiones y repetir en una escala algo considerable aberraciones tales como las cruzadas, las hazañas de los flagelantes, las persecuciones de los heréticos, el envío de los brujos á la hoguera, las guerras religiosas de los siglos XVI y XVII.

Pero hasta el hombre mismo de la realidad no renuncia del todo á sus ilusiones; aun el sabio acostumbrado á la observación más exacta y á la verificación más rigurosa del contenido de su conciencia experimenta una nostalgia atávica del mundo de la ilusión y se siente atraído hacia él por una aspiración irresistible. No obstante, entre él y el ilusionista no despierto aún, existe la diferencia que aquél reconoce

perfectamente como tales los juegos de la imaginación en los cuales se deleita y no los confunde un solo instante con sus representaciones y sus juicios serios. El mundo de la ilusión que para el hombre no desarrollado, constituye el mundo entero, es fijado por el pensador que tiene sentido crítico en el arte que es su lujo y su alegría indispensables; en el arte halla esos libres vuelos de la fantasía que han constituido casi hasta nuestros días todo el trabajo cerebral de la humanidad; en el arte tiene de nuevo un mundo que puede, sin cuidarse de los crueles mentís que le opone la realidad, construir y adornar con sus ideas, poblar de encarnaciones de su deseo de belleza, de juventud, de fuerza, de perfección de toda especie; del cual puede desterrar toda fealdad, toda vulgaridad, todo lo que es malo, repugnante, todo lo que subleva, todo sufrimiento, toda miseria; en el cual puede hacer triunfar únicamente la justicia, la dulzura, el amor. En el arte, sólo las inclinaciones y los impulsos del hombre son los que actúan y hallan la satisfacción ilimitada que les niega la realidad; aquí no está el hombre obligado á adaptarse penosa y dolorosamente á la naturaleza, es por lo contrario, la naturaleza, una naturaleza imaginada por él, la que se adapta con una complacencia inagotable á todas sus necesidades y á todos sus caprichos y no deja incumplido ninguno de sus anhelos. La necesidad de una adaptación real al ambiente ha obligado al hombre á elevar su pensamiento al conocimiento mediante una disciplina severa y á renunciar á los atractivos de la ilusión fácil, halagadora, pero estéril; en el arte busca el desquite de la realidad.

Se ha esperado que la historia diera una respuesta á las preguntas referentes á la eternidad; ha sido en vano; no la puede dar. La vida agitada de la humanidad, en el presente como en el pasado, nos coloca ante los mismos hechos inexplicables que el fenómeno turbulento del Universo. Hechos de este orden son la existencia misma del mundo, la aparición de la vida y de la conciencia. Están dados, tenemos que aceptarlos y ajustarnos á ellos que los comprendamos ó no racio-

nalmente. Vemos que el mundo es; que en un momento dado, en este mundo, nuestro planeta ha aparecido y ha llegado á ser el teatro de procesos vitales; que en el transcurso de la evolución de la vida sobre la tierra hizo su aparición un sér que tenía la masa cerebral proporcionalmente más grande conocida hasta entonces; que la especie humana tenía el deseo y la aptitud para mantenerse en condiciones desfavorables. Esto, lo vemos; pero la historia no lo explica ni más ni menos que la química ó la astronomía. ¿Cómo la conciencia se da á luz súbitamente en las combinaciones de la materia y se ensancha sin cesar para llegar al conocimiento? ¿Cómo las acciones de la naturaleza sobre la materia viva, es decir los procesos dinámicos y cinéticos se transforman en representaciones? ¿Por qué solo el hombre con exclusión de toda otra especie viva, ha podido escalar el grado de desarrollo caracterizado por la existencia de la razón? ¿Por qué esta larga serie de nacimientos y de muertes, el esfuerzo inmenso para la adquisición de conocimientos, las luchas y sufrimientos incesantes, si el aniquilamiento, si la desaparición sin dejar rastro de la humanidad y quizá de la tierra misma ha de ser el desenlace de la creación? Por mucho que nos quedemos en contemplación ante los anales de la humanidad; por mucho que queramos evocar á los hombres y los sucesos desde las profundidades milenarias del pasado cuanto nos sea posible, no obtenemos la menor información sobre lo que nos atormenta.

Tenemos que renunciar á considerar la humanidad desde el punto de vista de la eternidad. De otra suerte, se desvanece ante nuestra mirada para convertirse en un punto apenas perceptible, sin duración, sin importancia, sin destino, y esta contemplación nos deja humillados, disminuídos, desanimados. Vistos *sub specie æternitatis*, no somos nada; tenemos pues que considerarnos *sub specie sæculi* para que nos parezca que vale la pena de pararnos en la contemplación de nosotros mismos. Es vano buscar una finalidad de la humanidad y de su existencia; tanto vale buscar el objetivo de Sirio, de la vía

láctea, de las migraciones de los cometas. Por lo menos en lo que concierne a la vida del individuo, reconocemos algo así como una finalidad subjetiva; el individuo vive porque le es agradable vivir, vive porque su vida le procura sentimientos de placer, porque ella misma es un sentimiento de placer. Sobre esto, no hay duda alguna; sólo en la enfermedad y en la vejez, es decir cuando su energía vital comienza a desaparecer, se apodera del hombre una sensación angustiosa de vacío, de ausencia de objetivo, de *taedium vitae*; pero mientras está lleno de fuerza vital, halla, aun ante su razón, una plena justificación en esta parábola del Evangelio: «A cada día basta su labor». Disfruta de su mejor tiempo y de sus más bellas experiencias sentimentales en un mundo de ilusión que se crea él mismo, en la religión, en el cuento de hadas y la superstición, en el arte. En su sed de duración, en su anhelo ardiente de porvenir, reclama para sus esfuerzos una finalidad que le abra perspectivas remotas, inventa un ideal que vaya más allá de la hora, aun de su vida terrestre y de los límites de su existencia individual. En este ideal se yergue, adquiere ideas consoladoras de su propio valer y se imagina tener una importancia de un alto y vasto alcance. Pero ¿cuál es el ideal entre todos aquéllos a los cuales habían aspirado los hombres más nobles y de espíritu más poderoso, que resista al conocimiento frío y sereno? En el fondo uno sólo: el ideal de bondad y de amor desinteresado. A los males ineluctables con que la naturaleza aflige al hombre, no añadir cruelmente males evitables, disminuir en la medida de sus fuerzas la suma de sufrimientos en la humanidad, he aquí lo que han erigido en ideal y tratado de realizar los hombres más perfectos que nuestra especie haya producido, he aquí lo que les ha parecido suficientemente noble y grande, una fuente suficiente de inspiración y de recompensas. Este ideal está aun lejos de haber sido logrado; durante mucho tiempo aun podemos contentarnos con él; son todavía numerosos aquéllos para quienes, y estarán entre los mejores, hará la vida digna de ser vivida.

Detrás de todas las apariencias y todas las ilusiones encontramos como el verdadero sentido de la historia, la manifestación del instinto vital de la humanidad. Esta manifestación reviste sucesivamente la forma del parasitismo, de la ilusión y del saber que constituyen en una serie ascendente el modo humano de la adaptación a la naturaleza. El que afirma encontrar otra cosa en la historia, no lee en ella, sino que introduce en ella lo que es propio suyo.

**Advertencia del traductor.**—No creemos necesario señalar algunas, muy contadas, erratas puramente materiales que hayan podido deslizarse á pesar del esmero de la impresión. Seguramente habrá de subsanarlas el buen juicio del lector. Á continuación corregimos las que únicamente pueden tener importancia:

| Pág. | Línea | Dice                 | Debe decir                       |
|------|-------|----------------------|----------------------------------|
| 28   | 14    | iluminaar            | iluminar                         |
| 33   | 23    | fiugras              | figuras                          |
| 35   | 2     | del                  | de la                            |
| 59   | 20    | si ó es              | si es                            |
| 60   | 28    | Satán                | Satanás                          |
| 75   | 22    | asaz, incomprensible | asaz incomprensible              |
| 218  | 30    | ahora (adverbio)     | Ahora (nombre de di-<br>vinidad) |
| 220  | 22    | fuelle de Juvenia    | fuelle del Jordán                |
| 313  | 23    | convencidos que      | convencidos de que               |
| 314  | 11    | el más               | el período más                   |
| 372  | 5     | años fuera           | años y fuera                     |